

MUJER Y GÉNERO. NUEVOS SABERES EN LAS UNIVERSIDADES CHILENAS¹

por SONIA MONTECINO y
LORETO REBOLLEDO (compiladoras).
Colección de Ciencias Sociales, Universidad
de Chile, Bravo y Allende
Editores, Santiago, 1995.
172 páginas.



El vocablo “género” ha ingresado al lenguaje académico español en años recientes para designar la construcción social de la identidad individual con base en el sexo. Como importación desde la jerga angloparlante, sus significaciones y connotaciones encuentran una densidad semántica en la lengua española que cuesta transformar para adaptar el término a un uso científico coherente.

Género, según la vigésima primera edición del Diccionario de la Real Academia Española, tiene alrededor de diez acepciones. La primera de ellas alude a conjunto de seres con uno o varios caracteres comunes. La segunda a modo o manera de ser una cosa. María Moliner agrega además el hecho de que en la taxonomía, el género es un grupo entre la especie y la familia.

Desde un punto de vista gramatical, los géneros son accidentes, esto es, modulaciones o modificaciones de atributos propios de los nombres o los pronombres. Hay que recordar que algunas lenguas reconocen tres géneros gramaticales. En alemán, por ejemplo, aparte de las paradojas

¹El texto de esta recensión es la presentación, que con el título “Sobre la generación del género”, hizo el doctor Fernando Lolas Stepke del libro *Mujer y género*.

que supone para el hispanoparlante que el sol sea femenino y la luna masculino, existe el neutro, en el que se engloban todos los diminutivos y numerosos objetos. Es probable que la percepción del tema “estudios de género” sea diferente según la lengua desde la que se parta y no creo trivial observar que la lengua menos diferenciada en términos de sus adscripciones gramaticales, el inglés, nos imponga una aparente univocidad que es menester examinar y adaptar.

Tal trabajo compete, propiamente, a una disciplina lexicológica. Según María Moliner, refiérase ésta al estudio de las de su uso. Y es precisamente aquí, en la legitimidad del uso, donde desearía centrar el examen del libro que han compilado Sonia Montecino y Loreto Rebolledo.

Puede este libro describirse como una instantánea del proceso de consolidación disciplinaria de un conjunto heteróclito de perspectivas. En alemán diríase “Bestandaufnahme”. Para el inglés norteamericano “to take stock”. Lo que en este libro se hace es un relevamiento, un inventario de lo que en Chile se ha hecho sobre el tema género. Y aunque hay referencias al desarrollo en Norteamérica y Europa, es para nosotros relevante la historia local porque incide directamente en la construcción de nuestro mundo intelectual y en los ingredientes que perdurarán.

Al situarse frente a este volumen aparece de inmediato, no solamente la multiplicidad del vocablo que le inspira, mas también lo heterogéneo de la realidad que conjura. Pues hay en él, en este libro, al menos *dos aspectos* que no deben confundirse. Por un lado, *una descripción del género* (entendido como papel social fundado en el sexo) *en la ciencia*. Por otro, una *evaluación de la consolidación de una ciencia del género*. Podría pensarse que el género en la ciencia no es más que un tema específico de la ciencia del género. Un tema que, por ejemplo, vendría a ratificar el impacto de aquello que, como dice Alice Schwarzer, es la “pequeña diferencia” con sus “grandes consecuencias”. Pues el género —en el sentido académico— se nos aparece impregnado de feminidad, al punto que “estudios de mujer” y “estudios de género” son, para algunos, expresiones sinónimas.

Este libro quiere ser la historia, aún en gestación, de la consolidación disciplinaria de un tema, hasta ahora, *intersticial*. Esto es, en los espacios “entre” saberes con estatuto propio ha nacido y crecido un discurso que desea sentar plaza. Y para ello, debe adquirir *poder*. Esto es, debe tener *jurisdicción*, el derecho a afirmar y decir con impacto y resonancia. Sorprendente resulta, por ende, que el tema del saber y del poder quede aquí implícito y nunca sea elaborado. Es aún tímida descripción,

razonada exposición de estudios, contabilidad de trabajos. Todo ello aspira a definir, desde la densidad de lo que existe o podría crecer, un ámbito de propia valía. La tematización del género quiere ahora adquirir el estatuto de un saber “natural”, de esos que nadie discute que sean saberes dignos, de los que se puede exhibir sin sonrojarse una certificación respetable. Sus orígenes en un feminismo ideológico y polemizante, su nacimiento en las coyunturas históricas de autoritarismos de ideas y de actos, su oportunismo de coyunturas societarias, todo eso puede dejarse a un lado porque, finalmente, el discurso se hará autónomo, creará sus “objetos” para hablar de ellos y será disciplina. En otro lugar hemos dicho que una disciplina es, a fin de cuentas, un discurso que tiene el poder de crear los objetos de los cuales habla.

En este libro se atisba esta verdad, no siempre clara. Y es que no bien se supere la etapa de la descripción de lo obvio —hasta ahora el típico trabajo sobre “diferencias sexuales en...”— se deberá articular el uso del término “género” para servir propósitos no obvios. *Un saber es siempre una forma de participar de algo, para algo.* Un saber, como participación, es una interpelación permanente a una comunidad de pares que se reconocen tales por compartir, precisamente, ese saber, que es un decir, que es un opinar. La *ortodoxia reemplaza a la para-doxia de la época embrionaria del saber.* La contradicción se vuelve jurisdicción. El saber alternativo se convierte en cátedra, Instituto, Facultad. Una ciencia constituida, irrefutable, se reproduce a sí misma a través de las instituciones de enseñanza. *Una disciplina, además de ser discurso que se re-crea y re-conoce, es un discurso que se enseña.*

Por ello no es en absoluto secundario el gran tema de este libro: de cómo, de Organizaciones No Gubernamentales y de grupos de efectiva afinidad, podría pasarse —y se está pasando, tal es el mensaje— al ámbito de la Universidad, al “nomos” de la Academia grande, la que confiere diplomas, grados, títulos, la que en nuestras latinoamericanas latitudes se confunde con el saber mismo. *Saber no es cualquier participar. Es participar del discurso que corporiza el poder.*

Cuánto de esto luego, en el futuro que aguarda, desempeñará un papel emancipador más allá de lo científico y lo comprensivo, de qué manera la instauración de lo autónomo en la academia llevará a la redefinición de lo real societario, es punto en el que no quisiera detenerme. No porque deba sernos ajeno. Porque plantea una pregunta que bien pudiera, en esta etapa, parecer villanía. Tal pregunta es simple: ¿para qué necesitamos una disciplina del género?, ¿qué perderíamos si no la hubiera?

Tal pregunta pareciera estar contestada por la incontrastable presencia de este libro, de sus autores, de sus trabajos y de sus desvelos. Nos ponen frente al hecho consumado: vean, nos dicen, ésta es preocupación seria. Ya hay tesis, memorias, libros, congresos, talleres, conferencias. Veán, además, cómo las fundaciones disponen de fondos para impulsar estos estudios. Veán, veán, que hay interés social. Interés; Inter-Esse; entre-seres. Ya hay una malla de intereses. Las autoras no ilustran de cómo se han gestado. No nos dicen por qué se han gestado. Algunos supondrán que saben para qué se han gestado. Si la existencia de todo eso es la prueba de una importancia, es ineludible tarea intelectual releer la realidad en sus implicaciones morales y en su potencial emancipador. No dudo que ello será, a su debido tiempo, nueva tarea.

Por ahora, aceptemos el discurso sobre el género como una *forma de interpelación*. Ya hemos dicho que desde el intersticio, desde los bordes. Se interpela a las disciplinas consolidadas. ¿Qué dice la psicología, qué la sociología, qué la medicina? Es paradójico, pero cierto, que toda forma de pregunta lleva en sí su respuesta. Lo decía Viktor von Weizsäcker cuando, fundando en el famoso “principio de la puerta giratoria” la antinomia de los saberes sobre el cuerpo y el espíritu, destacaba que una mirada, que descubre, es siempre un acto que encubre. Cuando las autoras examinan el “corpus” de los proyectos de investigación del Fondecyt lo hacen ya selectivamente. Recuerdo bien el período que investigan, pues fueron años en que yo mismo participé como miembro del Consejo Superior de Ciencia y Desarrollo Tecnológico, el organismo que administra los concursos anuales de investigación. Recupero la impresión que siempre me han dejado buenas intenciones no acompañadas de buenas preguntas y huérfanas de interrogar metódico. Recuerdo que recordaba lo mucho que antes se discutía, en épocas de otros compromisos, sobre lo que es relevante y lo que es excelente en las ciencias. Y veo que la tarea es compleja, consta de muchos pequeños actos. El no menor de estos actos pequeños, en que se funda la grandeza de las ideas, es aceptar la discrepancia. Esta pluralidad de intereses que las autoras allegan a su saber, que “capitalizan” para sí es como la tentación del reciclaje. Fuera tal vez recomendable decir, lisa y llanamente, que se han propuesto “inventar” una disciplina. Antes de lograrlo, han de responder otra pregunta: de todas las diferencias entre individuos —que son, como tema, también fundamento de sociedades, revistas y congresos— ¿por qué las asociadas con el sexo y su plasmación societaria han de ser tratadas diferen-

temente? He ahí uno de los puntos a despejar en camino hacia la institucionalización.

La meta de la institucionalización sólo puede ser comprendida como una forma de acceder a la autonomía y el poder propio, que es el poder inmenso de nominar y rotular. Lo ha tenido la medicina por mucho tiempo. Un enfermo, dicho médicamente tal, es un individuo etiquetado en una comunidad. No en vano copian su forma institucional otras profesiones. No en vano se redefinen y reformulan los saberes. Tienen en Estados Unidos de Norteamérica un criterio sobrio para decir cuándo un saber, de información pura y simple, se ha convertido en información organizada, esto es, en conocimiento. Pragmáticamente, ello ha acontecido cuando los cultores de la disciplina han llegado a escribir un libro de texto con el que enseñar. Los textos de estudio son los textos canónicos de las disciplinas establecidas. El Canon de Avicena fue la Medicina. Los Principia de Newton han sido la Física. El Almagesto fue la Astronomía.

Observemos en estos ejemplos un hecho innegable. Un logro substantivo, un modo de hacer, de decir y de ser se convierte en la realidad que manipulan las personas. Thomas Kuhn, con la noción imprecisa y polisémica de paradigma, quiso decirlo. Un logro sin precedentes inventa la realidad, que siempre es producto, no causa, de la percepción. De allí que debamos esperar el texto fundante de esta disciplina que hoy nos convoca. La textofilia de nuestra civilización no se verá más o menos afectada porque el medio cambie. No será malo que leamos CD-ROMS en lugar de libros de papel. Siempre serán textos.

Más allá de la importancia, más acá de la urgencia, en algún punto del mapa de los intereses sociales, aguardemos en el texto definitivo de mujer y género la consolidación que precisamos. Y ojalá sea entonces algo diverso no sólo por contenido sino también por cometido y por estilo de cognición. Porque dicen muchos, y aunque no son legión pesan, que toda nuestra intelectualidad occidental, con su jerga guerrera e invasora, es producto de la mente masculina y que tal vez la ciencia, ese producto cultural, sea una de las formas ocultas del sexo. Habría entonces, mucho trabajo por hacer. Demostrar, por ejemplo, que no se trata de mera reordenación de informaciones y de datos, ni de simple ideología que pasa por verdad sino de nuevo cometido, nuevo estilo y, sobre todo, nuevo contexto, nueva circunstancia, que por contexto y circunstancia viene el saber a ser saber sabido.